EL PRECIO DEL PLACER

WILMER MOREL

2009

El Precio del Placer

Wilmer Morel

2009

wilmermorelmartinez@gmail.com

El Precio del Placer

Wilmer Morel - 2009

Prólogo

Desplazándose en el polvo que queda, se le puede sentir desde la nueva tierra: el llanto que emerge desde las entrañas. Vivir toda una eternidad condenado a la soledad, deseando morir, queriendo dejar de existir. Paseándose entre aquellas calles vacías, las que una vez guiaron a millones de personas. Buscando refugio en lo que antes había sido hogar. Perdiéndose en aquella rutina. Solo en aquel lugar que antes fue el planeta de miles de billones de especies marinas; grandes bestias que surcaron las aguas, aves que volaron libres en el firmamento y criaturas terrestres que se arrastraron por la tierra durante millones de años. En aquel lugar que una vez se llamó Tierra y que ahora solo es, literalmente, una ruina.

Se le puede sentir desde la nueva tierra: el grito del llanto eterno de aquel que no tiene perdón de Dios. Desde mi apartamento, en la Primera Avenida de Greco, capital de Vangueda, en el planeta Marte, en el centésimo primer año, observo firmemente el planeta azul, hogar de Steven, o mejor conocido como “Último”, el hombre más poderoso que haya existido.

En tiempos de bonanza

—¡Diablos! —exclama con un grito de dolor desgarrador al tropezar torpemente con una de las patas de una silla—. Perdón —se disculpa rápidamente con uno de los clientes de la tienda.

Últimamente ha estado muy afanada por el exceso de mercancías que han llegado, y al tener pocos empleados trabajando, ha tenido que dedicarse a otras tareas además de administrar el negocio.

—Daniel —llama. —Sí, señorita Mari —responde él, desganado. —Ven aquí, échame una mano con estas carteras. —Enseguida voy —dice Daniel mientras recoge del piso unas cuantas que se habían caído.

Daniel es uno de los empleados de Mari. Ha estado con ella desde que decidió convertirse en empresaria. Desde entonces, se ha vuelto su mano derecha y la persona a quien Mari confía la mayoría de sus responsabilidades.

—¡Oh, Dios mío! Casi lo olvido —grita Mari, frustrada, mientras mira el reloj con la mano derecha apoyada en la frente—. No puedo creer que lo haya olvidado. ¡Se me ha olvidado! No puede ser, ¿qué voy a hacer ahora? —repite una y otra vez, dando vueltas en el pasillo antes de entrar a su oficina.

—¿Qué se le habrá olvidado? —murmura Daniel en voz baja mientras la observa entrar en pánico—. ¿Puedo ayudarla en algo, señorita Mari?

—No, Daniel, estoy bien, gracias. Solo es una insignificante cita a las seis que olvidé —responde ella mientras levanta el auricular del teléfono—. Voy a llamar para disculparme.

—Si me necesita, estaré en el almacén, señorita. —Sí, Daniel, gracias —le contesta, ya marcando el número—. Hola, Jack, soy Mari.

—Sí, lo sé —responde él—. Tengo tu número grabado en el móvil. ¿Qué te pasó hoy? ¿Me dejaste plantado?

—Discúlpame, estuve muy ocupada. Lamento habérmelo olvidado.

—No acepto disculpas —dice Jack con tono carismático—. Solo acepto que salgas conmigo el viernes. Como una cita personal, nada de trabajo. ¿Sí?

Mari se queda pensativa, mordiéndose las uñas.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —pregunta Jack, burlón, rompiendo el silencio.

—No lo sé —responde Mari—. Como te decía, he estado bastante ocupada, y posiblemente el viernes me toque quedarme toda la noche en el restaurante de mi padre ayudando con el inventario anual. Pero el jueves

estaré disponible, si quieres.

—¡Perfecto! —confirma Jack—. El jueves a las nueve. Que no se te olvide.
—Claro que no. Prometo no decepcionarte. Adiós.

Se despide Mari, pensativa, en aquel lugar frío y aburrido, lleno de papeles de contabilidad y una foto que se tomó cuando era apenas una niña de diez años, junto a sus compañeros de colegio el último día del año escolar. La mira fijamente con aquellos ojos cafés, como si deslumbrara, mostrando en su rostro un torbellino de recuerdos. Cierra los ojos un instante para revivir su infancia con más intensidad. Unas pequeñas lágrimas de melancolía brotan, resbalan por sus mejillas y caen sobre la foto.

No ha podido completar algo en su vida. Tal vez el pensar que aquellos días nunca volverán la hace infeliz. Quizás el tiempo no perdona, o quizás solo es un recuerdo humano expresado en un pequeño gesto de desilusión.

—Steven —murmura, negando con la cabeza mientras vuelve a mirar la foto.

La toma en sus manos y la saca del portarretratos donde ha estado guardada durante años. Coge unas tijeras y recorta parte de ella, la vuelve a colocar en el marco mientras el pedazo cortado cae al suelo.

“No se guarda una foto por tantos años con el propósito de cortarla en pedazos”.

Solo un rostro recortó: el de un niño que, al parecer, ataba su razón al corazón.

¿Quién será aquel afortunado infante? ¿Quién es el culpable de tan infantil desilusión llamada Steven? ¿Cuánto odio puede albergar un corazón capaz de deshacerse de un recuerdo tan especial? O, mejor dicho, ¿cuánto amor guarda aquel corazón roto para reaccionar de esa manera?

Después de aquella breve llamada de disculpa, realizada desde un escritorio repleto de intereses y muchos, pero muchos recuerdos.

La oficina de los recuerdos

Después de una semana lenta en Fashion Girls, Mari regresa descansada al trabajo. A pesar de los pocos ingresos, fue una excusa perfecta para tomárselo con calma. Hoy, la presión laboral no parece afectarla, aunque precisamente esta noche tiene su cita con Jack.

—Buenos días, Daniel. —Buenos días, señorita Mari. ¿Cómo amaneció hoy? —Mejor —responde mientras entra a su oficina con paso de modelo.

Lleva un vestido de seda color magenta que acentúa su figura, la mano izquierda en la cintura y la derecha acariciando su cabello castaño, lacio, que le llega casi hasta las caderas. El vestido, corto, deja poco a la imaginación, mostrando sus piernas con cada movimiento.

—Qué hermosa está… —susurra Johnny, mordiéndose el labio inferior mientras observa a su jefa. —¿Ha dicho algo, jovencito? —pregunta Daniel, cejas arqueadas, con su tono habitual de reproche. —¡Nada, nada! —tartamudea Johnny, volviendo a fregar el piso.

Johnny es uno de los empleados de Fashion Girls, junto a Silvia —una modelo frustrada— y Carla, sobrina de Daniel. Llevan tres años trabajando allí, desde aquel otoño en que Mari cortó la cinta inaugural rodeada de familiares y amigos. Fue la noche en que se independizó de su padre, vestida de azul, radiante.

Su padre costeó todo, regalándole la libertad que tanto anhelaba. Entre los invitados distinguidos estaba Jack Lamber, heredero de una fortuna, quien la vio subir al escenario y cantar Cantares de Joan Manuel Serrat, aquel clásico sobre caminos que se hacen al andar.

“Todo pasa y todo queda…”, había comenzado, dedicándosela a alguien ausente. “Pero lo nuestro es pasar…”. La ovacionaron, aunque más tarde admitiría que el alcohol le dio valor. Fue una noche de logros y sombras, de sueños cumplidos sin aquella persona cuyo nombre evitaba mencionar.

Ahora, en su oficina, el recuerdo se desvanece cuando el teléfono suena.

—¿Diga? —Busco a María Ferrer, por favor. —Con ella habla. —Buenos días. Soy la asistente del señor Lamber. Le recuerdo su cita esta noche a las nueve. Un auto pasará por usted a las ocho. ¿Confirma su asistencia?

Mari traga saliva. —Dígale que estaré ahí.

Cuelga y se acerca sigilosamente a la puerta, convencida de que alguien la espía. Apoya el oído, coloca la mano en el pomo y, de pronto, la abre de golpe.

—¡Ajá, te atrapé!

Pero el pasillo está vacío. Solo eran sus nervios, jugándole otra mala

pasada.

El fin de semana inolvidable

Después de una tarde llena de un banquete rico en queratina, que la dejó sin uñas después de, figurativamente, haberse las comido todas; por fin llega la hora de su cita con Jack. Se da unos retoques femeninos y sale del apartamento hacia el estacionamiento, donde la espera Jack (quien no confirmó que también pasaría por ella, sino solo su chofer), quien la observa lentamente al caminar recostado sobre el auto –¡qué bella es! –dice el chofer de Jack en voz baja, mientras Mari, con su pelo suelto y un vestido negro hasta las rodillas, camina hacia él, con una pequeña cartera en mano.

–¡Qué hermosa estás! –le dice Jack al recibirla de manos. Le abre la puerta como todo un caballero que es. –¿Y, adónde iremos? –Le pregunta Mari a Jack, y él respondiéndole, con una leve sonrisa en su rostro, le dice: –Es una sorpresa.

Y van conversando en el asiento de atrás del vehículo, todo el camino hacia la cita cuando, sorpresivamente para Mari, llegan a su destino. La propiedad de Jack en la ciudad de Santo Domingo, grande y lujosa, ubicada en una de las zonas de mayor prestigio de la ciudad. La invita a pasar, donde cenaron y luego, de mostrarle cada rincón de la casa; como todo un detallista, subieron a la azotea en donde un helicóptero adornaba un poco más la humilde casa.

–No me digas que también tienes un helicóptero –le dice Mari a Jack carismáticamente, sosteniendo su cintura con las manos y mirándolo de perfil.

–Tengo solo lo necesario –le responde Jack mientras desengancha las cuerdas que sostienen las hélices del helicóptero.

–Supongo que ahora me invitarás a subir a bordo y dar una vuelta en tu juguetito –le dice Mari en tono carismático.

–En realidad no, estaba pensando en algo mejor. Pensaba pasarme el fin de semana en la isla Saona contigo.

La forma en que Jack se expresaba, la motivó muchísimo. Mari parecía sonreír como nunca, al parecer sí le encantaba la compañía y el detallismo de Jack. Las doce de la noche marcaba el reloj de pulsera de Mari; mientras veía fijamente, y un poco nerviosa por la altura, a Jack, que piloteaba el helicóptero. Llegaron a la isla, y aterrizaron en una pequeña cabaña lujosa a orillas del mar.

–No sabía que también eras piloto –le dice Mari.

–En realidad no lo soy legalmente, pero tengo varias horas de práctica –le responde Jack al entrar a la habitación.

–¿Y ahora qué? –Le pregunta Mari, con la timidez que enrojecía un poco sus mejillas, haciéndola lucir más hermosa e inocente.

–Ahora iremos a la playa –le responde Jack.

Mari le reprocha en todo desenfado que no podía ir, señalando razones como: “no tengo ropa”, “es de noche”, “el agua está fría”… En cambio, Jack, interrumpiéndola, la calma diciéndole: –No te preocupes por nada, tienes el closet lleno de ropa de tu talla.

Sorprendida, Mari le pregunta: –¿Te molestaste en comprarme ropa?

–En realidad yo no lo hice –le responde Jack con una carismática sonrisa pintada en su rostro –lo hizo Carlos, mi asistente, con anterioridad.

–Entonces, ¿tenías todo esto planeado? –le pregunta retóricamente Mari, plasmando también, una leve sonrisa de reprocho en su rostro.

–Me descubriste –responde Jack calmadamente, mostrando desenfado y un poco de satisfacción.

Mari le reprochaba cada cosa de la que fue objeto en contra de su voluntad, pero la verdad era que le gustaba el hecho de dejarse llevar por las contrariedades de la vida de Jack y la de ella.

Luego de la playa y de varias copas de vino; Jack la llevo a la habitación cariñosamente entre sus brazos; la recostó levemente a lo largo de la cama; luego vino un pequeño beso empezado por Mari mientras lo sostenía del cuello; luego surgió otro beso más largo que el anterior mientras, Jack, alejándose un poco de ella cuando al mismo tiempo la levantaba, le quitaba el sujetador que le cubría sus fértiles senos. No decían media palabra, más, que pequeños gemidos y miradas profundas llenas de deseos. Jack encima de ella, acariciaba sus senos suavemente al mismo tiempo que la empujaba hacia abajo con movimientos salteros y uniformes; frotando su traje de baño con el de la braguita ceñida de Mari, como si la estuviese penetrando.

¡Todo pasó tan rápido! Después de varios minutos de caricias encima de ella; Mari, desesperada ya, intenta quitarle el traje de baño a Jack estirando sus manos hacia abajo para alcanzarlos, y ayudándose con sus piernas, las cuales rozan suavemente en él. Jack termina de quitarse el traje de baño de los pies y luego, abandonando los pechos de Mari, se desliza hacia abajo para quitarle con las manos la braguita a Mari la cual, desliza suavemente sobre sus piernas hasta los pies y luego la lanza a una orilla del cuarto; sube lentamente, igual como bajo, y detiene sus labios en la vagina mientras Mari abre un poco más sus piernas retorciéndose de placer. Luego cuando Mari parece no aguantar más, Jack se desliza sobre ella un poco más arriba para penetrarla; lo hace suavemente mientras Mari le sostiene los brazos hacia ella. Cerrando los ojos al sentir llegar el éxtasis, Jack continua su

penetración con movimientos cada vez más rápidos; Mari se retuerce de placer sosteniendo fuertemente las sabanas arrugadas del colchón. Jack, la abraza fuertemente mientras detiene sus movimientos, la empuja hacia abajo, haciendo la penetración cada vez más profunda mientras, Mari, lo enreda por completo con sus piernas entrelazadas en su cintura.

Así entrelazados, en una combinación salina de agua del mar Caribe y sudor en una noche de placer, Mari tiene mucho que decir después de tantos años sin sentir esa sensación en su piel.

Después de una noche de pasión, Jack, que se había levantado muy temprano hoy, sale con una caña de pescar hacia las orillas muy profundas del mar, dejando a Mari dormida en la habitación. Luego de varias horas de pesca, Jack regresa camino a la cabaña con unos cuantos pescados en una bolsa y, a unos cuantos metros de la cabaña, tira la caña de pesca y los pescados del bolso, y corre desesperadamente hacia la cabaña, al ver a lo lejos que su helicóptero parecía ascender.

–¡Mari!, ¡Mari! –grita una y otra vez al acercarse. –¡Jack! –grita Mari desde el helicóptero ya en vuelo, pero ya era demasiado tarde. Entra en la cabaña hasta la habitación y ve que toda la ropa de Mari está en su lugar, incluso aquel bikini que le quitó suavemente en la madrugada. Sabe que la secuestraron y que está desnuda con aquellos desconocidos que se la llevaron en su propio helicóptero. Trata de buscar su teléfono celular para hacer una llamada, pero no aparece; corre en busca de ayuda, un teléfono por el cual llamar a emergencias, lo encuentra y realiza la llamada.

Por otro lado, Williams, que con anterioridad había hablado con Jenny después de aquel incidente cuando corría detrás de un ladrón que luego Jenny, sin querer, atropelló, estaba precisamente esa mañana del viernes, esperando a Jenny en una cafetería cerca del mercado, para lo que sería su primer encuentro cara a cara, después del accidente.

–¿Williams? –le pregunta Jenny al llegar, mientras Williams contemplaba la foto semidesnuda de una modelo famosa en la portada de la revista que insinuaba estar leyendo. Se saludan amistosamente y, rompiendo con las formalidades, Jenny le pregunta, chistosamente, acerca de lo que estaba leyendo; este, en cambio, trata de responderle, vergonzosamente, pero la lengua se le enreda buscando la mentira más obvia disponible en su cerebro, y antes de poder encontrarla, Jenny lo interrumpe:

–Descuida, Williams, era una pregunta retórica –salvándole su reputación inmediatamente.

Después de haber conversado por varios minutos, no paraban de reír y, casualmente, Williams puede observar por las ventanas de cristal del es-

tablecimiento, un helicóptero acercándose a lo lejos; dando bruscos giros en el aire mientras lo ve acercarse más, hasta estrellarse con una furgoneta y varios vehículos que circulaban en la avenida. Williams, sin pensarlo dos veces, corrió hacia el helicóptero que aún parecía estar ileso, excepto por sus hélices y cola. Al acercarse, saca del helicóptero, con ayuda de las demás personas que se motivaron a hacerlo, a varios hombres y dos mujeres; pero solo hubo un solo sobreviviente, y resultó ser que, mientras lo acostaban en el piso y lo cubrían con su camisa, ya que estaba completamente desnudo, Williams pudo darse cuenta, a pesar de las heridas bien grandes que llevaba en la cara aquella mujer, que era Mari, su amiga.

Fue llevada al hospital y, después de varias horas de intervención quirúrgica, Mari se encontraba en mejor estado. Junto con ella se encontraban Jenny y Williams; luego llegaron Bartolo y Susana (los padres de Mari) y Daniel, su confidente; y más tarde llegó Jack, quien rápidamente fue detenido y puesto en custodia, ya que el helicóptero fue registrado a su nombre por agentes federales. Un médico entra en el cuarto y saluda, le pregunta a Mari cómo se siente, la cual contesta positivamente estar bien –eso esperábamos todos –le dice el médico antes de preguntarle a Bartolo y Susana:

–¿Ustedes son los señores Ferrer?

–Sí, somos nosotros –contestan ellos desesperadamente, queriendo saber el estado de su hija.

–Soy el doctor Harrison White, quien le practicó la cirugía a su hija. Necesito hablar con ustedes en mi oficina ahora, si tienen la amabilidad.

En la oficina, el doctor le dice con todo detalle alguno, el estado físico de Mari; empezando por que recibió un fuerte golpe en la cabeza, aunque esto no resultó nada grave. Agrega que las heridas de la cara dejarán cicatrices que, aun después de la cirugía plástica, le dejarán el rostro un poco desfigurado. Al referirse a esto, la madre de Mari no puede aguantar disimular más el dolor inmenso que sentía en esos momentos y, recostada en los hombros de Bartolo, empieza a llorar.

–Este es un momento que requiere de mucho apoyo moral para María –le dice el doctor a sus padres antes de agregarle la noticia que provocaría el desmayo inmediato de Susana: –Su hija Mari quedará invalida por el resto de su vida, fruto de una rotura en la columna vertebral. Susana no resistió más y cayó desmayada.

Tres meses después, Mari, en silla de ruedas, fue llevada al hospital después de haberse desmayado en la casa de sus padres, donde actualmente vive después del accidente. No le encontraron nada fuera de lo normal y de-

cidieron hacerle una prueba de embarazo, la cual dio positivo. Mari estaba embarazada de Jack, quien empezaba a cumplir una condena de treinta años en la prisión de la Victoria, luego de ser acusado de provocar la muerte de veintitrés personas y unas siete que resultaron heridas producto del accidente del helicóptero registrado a su nombre y el secuestro de María Ferrer el mismo día.

Resulta ser que, aunque los especialistas no encontraron nada anormal fruto del golpe en la cabeza que recibió Mari el día del accidente, en realidad no se acuerda de Jack ni de las cosas que pasaron juntos. Ella solo recuerda que despertó un viernes con los ojos vendados y varias personas sosteniéndola encima de un helicóptero en pleno vuelo, el cual se estrelló luego de que el chofer perdió el control con uno de los secuestradores que Mari empujó fuertemente con sus pies.

Mari se encontraba en estos momentos en una desesperante situación después de aquel accidente. Su rostro quedó desfigurado, quedó invalidada para el resto de su vida y ahora estaba embarazada de un convicto que ella ni siquiera recuerda.

El nacimiento de Steven

Bartolomé y Susana, después de todo el sufrimiento que habían tenido que pasar al ver a su hija de otra manera, ahora se les puede ver sonreír junto a Mari y sus amigos más allegados, la llegada de su primer nieto. Era un momento de mucha algarabía para ellos, así como para Mari, quien a pesar de que nunca se sintió diferente, se le podía ver llena de felicidad. –¿Y cómo le llamaremos entonces? –se escuchaba Daniel desde un rincón de la habitación. –Que la madre tenga ese honor –agregó Williams. Mari, con el niño entre sus brazos, dice, mientras lo mira fijamente a los ojos con una leve sonrisa deslumbrada y los ojos aguados: –Se llamará "Steven".

Pasaron los años y Steven crecía rápidamente entre los brazos de su madre. Mari se quedó viviendo con sus padres, quienes la apoyaron en todo. La tienda de ropa de Mari, "Fashion Girls", siguió abierta, encargada a Daniel, y Mari se fue olvidando paulatinamente del trabajo, sus sueños y hasta de ella misma. Su mundo ahora giraba en torno a su hijo Steven. Los padres de Mari no se sentían ya los mismos. El fantasma de la vejez rondaba alrededor de ellos y, ya no se sentían muy cómodos en la tierra que los vio nacer. Querían escaparse a otros mundos; aprovechar el tiempo que habían perdido envueltos en el sufrimiento de su hija. Así que decidieron marcharse a tierras más al norte, hacia una isla encima del continente europeo llamada Irlanda, en donde, según dicen, los forasteros son tratados con amabilidad y afecto. Además, Bartolo tenía un hermano y varios sobrinos que han vivido allá por mucho tiempo. Le dieron la noticia a Mari y en tono desenfadado y sonriente les dijo entusiasmada: "Sí, vamos". Sin mirar atrás, partieron a tierra anglosajona y se adaptaron rápidamente. Bartolo no paraba de visitar lugares; anduvo por los lagos de Killarney, los acantilados de Moher… se sentía muy feliz.

Los años pasaron y Bartolo, que estaba ya muy viejo, vio morir a su esposa Susana una madrugada mientras dormían. Steven, que oyó el llamado de su abuelo en sueños, se despertó y corrió rápidamente hacia su cuarto. Mari, que también se despertó, no pudo levantarse debido a su incapacidad y esperaba pacientemente en su cama a que Steven fuera en calma a buscarla. Pero Steven lloraba desconsolado junto a su abuelo mientras sostenían en la cama el cuerpo sin vida de Susana. Murió joven, apenas con doce lustros en sus manos, pero con más de un siglo de alegría junto a Bartolo. "La vida pasa y nos llega, luego de la primavera, un invierno frío y poco provechoso, en el que nos toca dormir una larga siesta hasta que las mariposas y las rosas nuevas de la primavera vuelvan a florecer".

A pesar de la partida de la abuela Susana, la vida continuó. El tiempo borró un poco más de lo esperado aquel espacio vacío del corazón de Mari, en el que se guarda el amor hacia una madre, y parecía en ocasiones enloquecer literalmente. Bartolo continuó también recorriendo su largo camino hacia el invierno junto a Mari y Steven, quien este último, se había convertido en hombre. Desde niño fue un estudiante muy por debajo del promedio, tuvo que repetir cursos en secundaria en muchas ocasiones. Su madre Mari se había vuelto casi un vegetal, lo que causó que haya perdido el amor a los estudios y por consiguiente abandonarlos. Por suerte no tuvieron que vivir en penumbras económicas ya que Bartolo aún tenía negocios funcionando en Santo Domingo, en manos de amigos muy allegados a él. Mari, por su lado, se vio obligada a vender lo poco que quedaba de Fashion Girls, luego de la inesperada enfermedad que le dio a Daniel, unos meses de receso involuntario.

Steven, prácticamente, no era un retrasado mental aunque así pareciera, solo tenía dificultades para penetrar en el mundo que lo rodeaba, era algo así como un antisocial, era poco sociable. Tuvo que crecer en un ambiente familiar zambullido en la tristeza. Su abuelo estaba muy viejo ya, y Mari había perdido paulatinamente la conciencia y la razón.

Su pasatiempo favorito era el de salir a pescar a un lago muy cercano, allí pasaba la mayor parte de su tiempo. Y en las noches frías de Dublín, le gustaba recostarse en el pasto húmedo del campo a contemplar la luna, cerrar los ojos y soñar con un mundo que no existía.

Una noche se recostó sobre un enorme y antiguo pino de bristlecone (el árbol más viejo de la isla) a soñar con su mundo imaginario otra vez. Pero esta vez no parecía estar disfrutando el sueño, corría en medio de la noche en un bosque oscuro repleto de árboles gigantescos; en lo lejos oía una voz que le susurraba suavemente, pero no entendía lo que decía, estaba asustado; las hojas tupidas de los árboles impedían el paso de la luz reflejada de la luna, y corría. Hasta llegar a un precipicio desértico en el que pudo tener acceso a la luz nocturna, pero la luz era escasa y parecía tener un tono rojizo. Miró rápidamente la luna y estaba roja por completo. Oyó otra vez aquella voz que le susurraba, pero no entendía nada. Luego oyó otra voz más gruesa que lo llamó por su nombre: –Steven –asustado aún más, se esconde bajo las rocas y pregunta a gritos: “¿Quién eres? ¿Qué quieres?”. Y cerrando los ojos, sentía algo que se le acercaba rápidamente y que luego le dijo a los oídos: –Sé quién eres y lo que has tenido que pasar, pero puedo ayudarte y mostrarte el camino de todo lo que has deseado, estaré en el lago para cuando decidas cambiar tu vida. Y luego despertó muy asustado

y corrió a su casa, le contó todo al abuelo Bartolo mientras este le escuchaba atentamente. –Es solo un sueño, una pesadilla, acuéstate ya, Steven, mañana se te pasará, ya verás, además no olvides que tu abuelo estará aquí para cuidarte. Se durmió en manos de su abuelo Bartolo, y al despertar recibió la ingrata sorpresa de ver a su abuelo durmiendo el sueño profundo de la partida eterna, parecida a la muerte. Bartolo murió, quizás poco después de haberse acostado. Gritó su partida como un niño llora al alejarse de su madre. Mari, por su lado, no parecía estar sorprendida, y solo miraba fijamente, sin lágrima alguna, a su hijo Steven mientras lloraba en el pecho sin vida de su abuelo. Sentía mucha pena y soledad aquellos días en los que el abuelo decidió partir amargamente a riendas sueltas en pleno ejercicio de la obligación de morir. Solo ellos dos, y una trabajadora hogareña, moraban aquella casa abandonada en las trincheras de la soledad, la herencia de la carga pesada del sufrimiento que a Steven le dejaron y las ansias inmensas de algún día volver de donde vino y conocer lo que queda de su padre. Pasaron muchos días y no salía de la casa, no tenía motivación alguna de volver al lago a pescar, más aún tenía miedo de volver después de aquel espantoso sueño aquella noche. Pasaba horas desde que el sol salía de su escondite, tratando de entenderse a sí mismo sentado en aquella vieja silla del balcón, donde solía sentarse su abuelo, a contemplar el campo donde se sentaba a descansar y que luego, en las noches, contemplaba fijamente la luna y las estrellas. Trataba de comunicarse con su madre Mari, pero cada día que pasaba parecía estar menos presente en este mundo.

Mari pasaba los días sentada en su silla de ruedas, observando tranquilamente todo lo que se movía en la casa, desde la alcoba hasta la sala, desde la cocina al comedor y las habitaciones de la casa, sin decir media palabra. Se había convertido en un vegetal, ¿quién lo diría?: aquella hermosa señorita como todos le decían, trabajadora, inteligente y luchadora por sus sueños, empresaria emprendedora con muchas amistades. Pero aquel accidente la marcaría para siempre. Steven lloraba mucho, todos los días de su “apaciguadora” miserable vida sin remedio alguno. Y no tenía nadie quien lo apoyase, quien lo motivase y le demostrara su fiel y atestiguado paso por la vida.

El regreso de Mari

Steven miraba fijamente desde el balcón, un cachorrito de raza muy peluda que se balanceaba sobre una de las orillas del muelle del lago. Acababa de amanecer y Steven, consternado por el llanto de aquel cachorrito indefenso que se debatía entre vivir o morir, salió de la casa rápidamente hacia el muelle para sacar de aprietes a tan inocente criatura. Una joven muy hermosa, al ver aquel hecho, corrió también hacia el muelle. El cachorrito, al verla, saltó de los brazos de Steven hacia los de ella con mucha algarabía. –¡Tank very much! for save –le decía la muchacha a Steven y este, muy tímido, respondía –de nada –en el mismo idioma anglosajón, bajando un poco la mirada y dando la vuelta para marcharse. Aquella muchacha desconocida, que jamás había visto, era muy hermosa. Se le agrandaba el corazón con una extraña pero agradable sensación cuando pensaba en ella, recordándose de su rostro y su muy delicado y curvilíneo cuerpo envuelto en una fina y suave piel de raza blanca. Tocan la puerta a tempranas horas de la mañana, y Steven la abre felizmente con una larga carcajada, pensando que tal vez sean sus primos, ya que nadie más los visita, pero resultó ser que se llevó la menos probable sorpresa de ser quien el menos tenía en mente. Era la muchacha del cachorrito, quien lo saluda conforme a la carcajada que recibió de parte de él. –Hola, ¿cómo estás? Al parecer te acuerdas de mí. –Sí, como no olvidarte –le contesta Steven tartamudeando un poco. La joven inmediatamente notó en Steven su innegable timidez, y se adelantó a presentarse con un conmovedor carisma sencillo que la caracterizaba. –Mi nombre es Nicol –decía –vivo en la casa de la esquina. Se presenta Steven y la invita a pasar a petición de una fuerza involuntaria que le hacía cosquillas en el estómago. En la sala de la casa, conversan de todo un poco. Steven tenía tanto tiempo que no hablaba tan fluidamente con alguien desde la muerte de su abuelo que se olvidó de la pronunciación de varias palabras en inglés. –Mis padres y yo venimos de Inglaterra… –le decía la joven de ojos azules, al tímido muchacho mestizo de poco hablar. –¡Nunca se había sentido tan feliz!, ¡nunca!, después de la muerte de sus abuelos –murmuraba en voz baja la ama de casa mientras observaba desde la cocina, cuando al mismo tiempo prepara el desayuno. Steven se maravilló tanto con aquella visita, que por primera vez en su vida tuvo un orgasmo sin tan siquiera tocarse.

Se hicieron buenos amigos, Nicol lo visitaba diariamente a su casa para ayudarlo con los estudios y él, en cambio, le enseñaba a dibujar. Pasaban el día haciendo chistes y jugando a las escondidas por toda la casa, mientras

que Mari los observaba como queriendo decir algo y no poder. Exhausto y cansados de correr por toda la casa, se tiran a la explanada en el piso del balcón. Su respiración era muy rápida y estaban empapados de sudor, cuando no paraban aún de reír. Ella lo mira fijamente a los ojos y una calma inmediata se presenta inoportunamente ante ellos. –¿Qué hacías cuando yo no estaba?, ¿con quién hablabas?… –le pregunta ella, y él, respondiéndole, le decía que su pasatiempo favorito era ir al lago a pescar. –¿Sabes pescar? Enséñame a pescar, me gusta ir al lago –le dice ella a Steven cuando Steven se debatía entre la espada y la pared. Tenía miedo de ir al lago, se resignó a dejar una de sus pasiones que era pescar, por no volver más a aquel lugar, pero sentía que no podía decirle que no a Nicol. Estaba tan encantado con ella, que no le quedó de otra más que llevarla al lago.

Casi al anochecer, luego de regresar del lago, Nicol entra sigilosamente en la casa cuando Steven aún arreglaba los utensilios de pesca, sube las escaleras suavemente y se mete en su cuarto, se acerca sigilosamente a él y lo besa imponentemente. Se deja llevar por los labios tiernos de Nicol y la abraza fuertemente. Ella se lanza a la cama mientras lo lleva a posarse encima de ella. Entre besos desesperados y bruscos, Steven se va desnudando con la ayuda inquietante de Nicol, hasta quedar por completo desnudo mientras besa apasionadamente a su amada debajo de él. Se baja un poco el escote del vestido, para que Steven le bese los senos; luego, Steven, desliza paulatinamente su mano por debajo del vestido, hasta la entrepiernas; le baja los pantis hasta los talones que luego ella termina por quitarse, mientras Steven se abre paso por debajo de la falda para luego penetrarla. Dificultosamente, no logra su objetivo de querer pasar del rose a la penetración, pero se siente bien la sensación de querer penetrarla, mientras frota la punta sobre los labios de la vagina. Poco a poco se va abriendo paso, mientras gemidos desesperantes de Nicol lo hacen querer avanzar más y más. ¡La tiene entre sus brazos!, ¡solo falta poco! y luego, logra penetrarla casi por completo. La cama desprendía aquellos chillidos de su interior como pareciendo ser parte del encuentro sexual. Y luego, cuando los dos querían más, lo obtuvieron intercambiando fluidos de sus partes íntimas y sin darse cuenta, habían acabado en una situación desconocida y vergonzosa, pero muy satisfactoria. Por una semana seguida, Nicol estuvo visitando a Steven a su casa. Le gustaba saber que cada día inventaría algo nuevo en la cama, y que cada vez sería más explosivo. Steven se enamoró perdidamente de ella, no la conocía, pero su belleza y los movimientos que hacía en la cama mientras gemía de lujuria eran razones suficientes para él. Lástima que, aparte del sexo, Nicol no parecía sentir lo mismo por él.

Una noche, tras estar esperando la visita diaria de Nicol, se sintió solo y se decidió ir a buscarla a la casa donde era bien recibido por los padres de ella; ya que por su forma de ser y esa inocente forma de expresarse, no despertaba la sospecha de ser un partido de quien Nicol pudiera enamorarse. Lo recibieron con saludo afectuoso, como de costumbre. –¡Nicol! –Le dijo dirigiéndose a ella –te estuve esperando y no te apareciste, por eso pensé que te podía haber sucedido algo y vine a visitarte. –Pues ya ves, estoy bien, Steven, pero necesito estar sola ahora. Te buscaré luego cuando me sienta a gusto –esto le decía mientras lo empujaba cortésmente hacia la puerta de salida, que, suavemente fue cerrando mientras se despedía de él. Steven la notó rara, y no conforme con ella, se aventuró a subir al balcón de la casa por medio de un árbol de roble que arropa parte de la alcoba de su habitación. Una vez en el balcón, se fue inclinando suavemente hasta la ventana de la habitación de Nicol, al mismo tiempo que la llamaba por su nombre, pero un sonido parecido al ladrido de un cachorrito se oía constantemente al ritmo de la evitación. Le llegó a la mente la sensación de haber escuchado un sonido parecido en la habitación de su casa alguna vez, y asustado, temiendo lo peor, se abalanzó sobre la ventana. La cortina le cubrió el rostro cuando hizo esfuerzos necesarios para intentar entrar al cuarto. Lo logró y al ver hacia la cama, observó con rostro de tristeza y asombro, desilusión y celos… a Nicol debajo de otro hombre. No se dieron cuenta de su presencia en el cuarto; el sonido de la cama y los gemidos de Nicol opacaban cualquier otro sonido. Steven no se molestó en decir nada, ni tampoco en tratar de que se dieran cuenta de su presencia en la habitación. Prefirió marcharse con su dolor, por el mismo sitio por donde entró.

Nicol le había provocado sensaciones que no conocía, desde compañía, amor, placer; hasta desilusión y celos. Caminaba en aquella calle solitaria a horas de la noche, con la mirada cabizbaja y las manos en los bolsillos. Hacía frío, pero no lo sintió para nada. Caminó tristemente, a paso lento y decaído, hasta su casa, pero no se detuvo en ella. Siguió caminando hasta el lago y, después de haberlo contemplado, se cortó las venas con el resto de una botella que acabó de romper y se sentó en aquel árbol de pino, donde una vez se durmió y tuvo un sueño terrible. Pero esta vez el sueño iba a ser diferente: soñó que corría felizmente a carcajadas en una pradera, vestida de un lago parecido al de su casa, debajo de un árbol estaban sus abuelos que lo esperaban con plena algarabía, y desde un muelle permanecía su madre Mari angustiada por él, y sus lágrimas caían en aquel lago. Luego todo se fue poniendo blanco y después oscureció.

De repente, Mari, después de tantos años de silencio, reaccionó desde la casa con un fuerte grito: –¡Steven! –llamó a su hijo. Intentó salir de la casa, pero su silla de ruedas se volcó junto con ella en la entrada de la casa. Gritando desahuciada, tirada en el suelo del jardín, se fue arrastrando todo el camino directo al lago. Sus piernas se rasgaron toda junto con parte de la bata que llevaba puesta, al constante rozamiento con el pavimento. Llegó al lago y, como parecía saber dónde estaba su hijo, se dirigió hacia él y se recostó sobre su cuerpo sin vida, de quien fuera su hijo.

Amaneció y aquella madre aún permanecía en llanto sobre quien fuera una vez su único hijo; y luego sucedió que, al levantar la cabeza para ver una vez más el rostro de su hijo, él (que había muerto) la miraba fijamente con una sonrisa en su rostro, parpadeó y secando las lágrimas de las mejillas de su madre, le dijo: –me extrañaste –Ella, creyendo que soñaba, le contestó sonrientemente, pero luego se desmintió y pudo apreciar que su hijo vivía. –¡Milagro! –decía, y su felicidad ocultó el espanto que sentía al ver su hijo, que había muerto, caminar hacia la casa mientras ella le seguía felizmente. Los vecinos aledaños que acababan de levantarse observaban sorprendidos aquella mujer bañada en sangre, fruto de las heridas de sus piernas, y murmuraban entre ellos: –¿No es esta la mujer de la casa de la calzada? ¡Sí! La que andaba en sillas de ruedas, y que tampoco podía hablar. Era tan grande la algarabía de Mari al ver su hijo vivo, que no notó que ella estaba caminando y que también podía razonar. –Hijo mío, todavía no puedo creer lo que está pasando –Le hablaba Mari a Steven –pero para nada me importa, lo que sé, es que te quiero y nunca más te volveré a perder.

Steven había vuelto, al parecer Mari también, se sentían felices pero indiferentes.

El retorno a la Hispañola

Aún estoy consternada, asustada, no puedo creer lo que ha pasado –le hablaba Mari a Steven en el balcón de la casa.

–Bueno, pudo haberse dado el caso de que en realidad nunca morí –agregaba Steven en busca de la explicación más lógica.

–Sí, puede ser, pero ¿cómo explicas el hecho de que yo esté caminando; que pueda tener contacto, "razonar" con el mundo exterior; que te esté hablando como lo estoy haciendo? Además, ¿qué explicación tendrías para las heridas de tus manos? Yo te vi como te desangrabas, Steven, ¡te vi morir de por Dios! Lo sentí en mi corazón. La única explicación que yo conozco es la de un milagro, obra de un Dios misericordioso, al apiadarse del llanto de una madre.

La llegada del invierno a Irlanda traía un ambiente seco y estéril. La nieve cubría casi toda la superficie de la tierra anglosajona, y las aves emigraban a tierras más al sur.

Steven se acercó a Mari y le preguntó: –Madre, ¿en qué pensabas cuando te encontrabas en la silla de ruedas, sin poder caminar, hablar…?

–En realidad es algo que aún no logro entender –le respondía Mari –pero, sí, tengo algunos recuerdos, no son tan claros, pero siento haberlos vivido. Me acuerdo que tú te encargabas de mí, ya sabes: de bañarme, vestirme, alimentarme de vez en cuando –lo dice mientras sonríe un instante –también recuerdo a una chica bonita, rubia, que solía venir mucho aquí, la recuerdo muy bien. ¡No me digas que es tu novia! –le dice Mari dándole una palmada en la espalda.

–En realidad no exactamente, solo fue una aventura, algo con que entretenerme en este aburrido lugar en donde me ha tocado vivir –le contesta Steven en tono desenfadado, muy tranquilamente, mientras la mira a los ojos pasándole la mano por su pelo.

Mari también parecía no apreciar su vida en ese lugar. Solo fue un escape, causa de su pasada incapacidad. Sentía que su vida acababa de empezar. Tenía deseos de escaparse de donde salió. Quería volver a Quisquella. Le dijo su propuesta a Steven y este, conforme, aceptó.

Se sentía complacido de volver a la tierra de donde partió cuando apenas era un chiquillo sin uso de razón. Agarraron sus maletas y partieron, de la tierra que les dio asilo moral por tantos años, poco después de haber vendido la casa.

Steven parecía no importarle nada. Dejar atrás, así como si nada, el único lugar que conocía, donde creció, estudió, se enamoró y al parecer, aunque

todavía no se rehúsan a esa idea, donde también murió y regresó. Pero, aunque parecía poco importarle, ¿cómo un dolor tan grande que sintió con el despecho de Nicol, capaz de motivarlo a quitarse la vida sin pensarlo dos veces, ahora no parece importarle nada?

Llegaron a la tierra que los vio nacer. Un señor mayor los esperaba en la salida del aeropuerto. Este era Daniel, el fiel amigo inseparable y guía moral casi como un padre, de Mari. Materializaron sus aprecios en un abrazo nostálgico, después de tantos años.

Steven conoció a Daniel y a varios amigos de Mari también. No tenían herencia familiar por los alrededores del país de las maravillas, así que decidieron quedarse en casa de Daniel, ya que este insistía tanto, hasta que lograron organizarse bien en la pequeña isla del nuevo mundo. El lugar donde Bartolo quería traer a Steven, quizás de paseo en uno de esos viajes que hacía para la contabilidad de sus ingresos en el país. Pero fue solo un sueño que la vida no llegó a materializar.

El ambiente le fascinó de inmediato a Steven –El clima es muy bueno –le comentaba a Mari, quien extrañaba nostálgicamente su tierra querida.

–Aquí conocí a tu padre –le decía con los ojos aguados –pasé tantos años dormida, que pensaba a creer que no me acordaría de mi vida pasada. Pero los recuerdos siempre han estado conmigo –decía, felizmente, feliz.

Steven, por su lado, parecía habérsele abierto la mente “la razón”. Guardaba en ella desde niño, una incógnita sobre la realidad de su padre. Su abuelo se había referido a él como una mala persona que quiso usar su poder en contra de Mari, y que por eso estaba pagando condena en la cárcel. Pero la realidad es que algo en su subconsciente le decía que todos estaban equivocados. No le encajaba la idea de escuchar a otra persona hablar sobre eso, que no fuera su madre, pero ella no tenía conciencia ni palabras para hablar.

Mari, por su lado, estaba muy alegre, casi el mundo se olvidó de ella por un buen rato, pero la verdad es que regresó más fuerte, elegante y casi tan bella como antes; excepto por algunas cicatrices, no muy aparentes, que todavía se asientan en su rostro.

No recuerda haber estado consciente cuando aún se encontraba en la silla de ruedas. Por más que trató de recordar esos años en Irlanda, no pudo. Pasó muchos años en aquel lugar, llamado “El Limbo”, en el que la parte lógica del ser humano, sencillamente, no existe. En un lugar muy parecido a la muerte.

De regreso a su tierra querida, no tenía tiempo para pensar en el pasado. Quería escaparse a lugares que hace tiempo no veía; quería vivir, quería

mostrarle a su hijo la belleza interna de su amada isla. La ciudad de Santo Domingo había cambiado bastante. Las noches en ella eran más encendidas, en el buen sentido de la palabra, que antes. Los apagones eran cosa del pasado.

–Cuánto ha cambiado mi país –se decía Mari, con los ojos llenos de vida, y una placentera nostalgia que albergaba su tan latiente corazón. Nunca estuvo tan feliz, nunca, hasta ahora.

“Un día, cuando todo termine, volveré a mi casa y allí descansaré”.

La revolución del mundo

Bastante hundido en la ignorancia que ahoga su sentir; escondiendo cada uno de sus sentimientos en una gruesa capa de indiferencia y desapego; Steven, se ha convertido en una muestra ejemplar de la hipocresía. Nadie sabe a qué se ciñe su tan desinteresado comportamiento; ya que, nadie lo ha conocido de verdad, nadie sabe cuál es su verdadera identidad; excepto su abuelo, ya muerto, Bartolo. Mari siempre estuvo varada en el Limbo desde el nacimiento de Steven, causa por la cual, no distingue el comportamiento del mismo, con otro que haya expresado. Ya que no conoce a su hijo de otra manera.

Otro golpe de curiosidad y desacuerdo con la prominente “posible ficticia” realidad, choca fuertemente en su corazón; sobresaliendo ante los otros muchos que alberga en él; forzándolo a ir en busca de respuestas que le sean coherentes con las más lógicas verdades, que ya su mente ha analizado con anterioridad. —Madre —le dice al acercarse a ella —¿sabes algo? Todavía no me creo la historia que había escuchado de mis abuelos. —¿Cuál historia? —pregunta ella desconcertada. —He sufrido de incoherencias —le dice él —y desacuerdos sobre la verdad de mi padre. Mari, impotente ante sus recuerdos, le responde —yo también percibo algo que no ha estado bien, pero por más que trato de recordar a tu padre, no lo recuerdo. Solo tengo como referencia todo lo que me dijeron de él, después del accidente. Mari aún tenía recuerdos escondidos en su cabeza, pero, no podía esconder los de su corazón, aunque no los comprendía a cabalidad. A diferencia de Steven, que sí tenía su cerebro funcionando a capacidad, pero su corazón escondía, a voluntad propia, sentimientos recientes después de su literal muerte. —¿Por qué no vamos a visitar a mi padre? —Le preguntaba a Mari —así lo conocería, y tú, tal vez, podrías acordarte de él. —Me parece buena la idea —le responde Mari conmovida. —No lo recuerdo, pero parece que mi corazón grita fuerte, pero no lo entiendo.

Llegan a la cárcel llamada “La cárcel de la Victoria” a varias horas de la ciudad. Al entrar, una señora que estaba saliendo, se queda mirando fijamente a Steven. Luego se sorprende fatalmente y cae al piso tambaleándose y tirando patadas mientras grita una y otra vez: ¡Yo te conozco! ¡Sé quién eres!… Los guardias de seguridad tratan de calmarla, pero ella sigue gritando desesperadamente con los ojos bien abiertos, mostrando en ellos un miedo fatal, tal como si hubiera visto un fantasma. Mari se asustó tanto al oír aquella señora, que quiso marcharse, pero Steven la detuvo y continuaron en la búsqueda de lo que fueron a buscar. —Venimos a visitar al

presidiario Jack Lamber —decía Steven en recepción. Luego de varios minutos en espera, tres guardias traen a un presidiario, con las manos y los pies esposados, con el rostro lleno de barbas y el cabello bastante largo. Al presentarlo en frente de un cristal que divide el área donde se encuentra con la de los visitantes, se dirige a Steven por medio de un micrófono: —Aquí estoy hijo mío —decía. La pobre y deambulante Mari, aún no puede evitar ser sorprendida, aún no se acordaba de él, pero se asustó mucho al ver como reconoció el padre a su hijo, a pesar de nunca haberlo visto. —Te he estado esperando —le dice Jack a su hijo. —He tenido unas cuantas complicaciones —le respondía éste. Mari consternada por lo que estaba escuchando, interrumpe la conversación y los cuestiona en busca de explicaciones. No obstante, Steven, le dice que luego se lo explicaría, pero antes tenían que hacer algo muy importante que ella luego entendería. Después de estas palabras, Steven cierra sus ojos levemente, y todos los que estaban en el presidio, excepto Mari y Jack, cayeron al piso justo al abrir Steven los ojos. Mari no podía creer aquello, tenía varias emociones que chocaban entre sí, pero no tenía palabras para describir aquello. Y por más asustada que estuviera, siempre iba a estar del lado de su hijo, aunque este le había estado ocultando algo. Rompe el cristal y saca a su padre de allí, y se marchan a casa. Mari aún consternada, no decía ni media palabra, pero lo escuchaba hablar de cosas que ella no entendía. —Tenemos que reunirnos con los demás —decía Jack a Steven cuando aún estaban en el vehículo camino a casa. Mari no tenía la menor idea de lo que estaba pasando, pero sí estaba totalmente segura de que de alguna u otra forma, Jack y su hijo, se conocían desde antes. Tenía el presentimiento de que algo grande iba a pasar en la Tierra, y que ella estaba en medio de todo. Llegaron a un lugar al Este del país, llamado “Altos de Chavón”. En la entrada lo esperaron tres hombres (uno de ellos bastante grande y robusto). Los acompañaron hasta la entrada y adentro, en medio de la soledad que arropa el lugar; se encontraba un hombre vestido de negro sentado en un apartado de las gradas inferiores. Junto a él, estaban dos personas más que, Mari, distinguió muy bien al acercarse un poco más. Eran sus viejos amigos, Williams y Jenny. Le dieron la bienvenida, aunque Mari aún estaba sin comprender nada. Se ajustó a la voluntad de su hijo y a sus dos amigos que parecían estar bien conforme y conocer muy bien la situación. Aquel hombre de negro que no se presentó ante Mari, se marchó a un lugar aislado del lugar, junto a Steven y Jack. Al volver, Steven se dirigió a Mari de la siguiente manera: “Creo que es hora ya de que sepas la razón por la que te has estado preguntando cosas que ciertamente para ti han sido incoher-

entes, y la razón también por la cual estás aquí. Williams, Jenny, Jack, los tres hombres que viste en la entrada y cientos de miles desde cada punto del planeta, y por supuesto, yo; somos miembros de una sociedad que intenta erradicar los problemas que afectan a la humanidad; llevamos trabajando ya hace quince años en busca de soluciones concretas y más miembros que se sumen a esta causa. ¿Tienes alguna pregunta?" —En realidad tengo muchísimas —decía Mari —¿no me dijiste el nombre del señor de la camisa negra ni tampoco el nombre de la sociedad? ¿Desde cuándo estás en ella? ¿Qué hago realmente aquí…?" —Empecemos por parte —interrumpiendo Steven, le decía —el hombre vestido de negro a mi derecha, se llama Michel Smiely, es el creador de la asociación, es europeo y no habla español; y que las apariencias no te engañen —agregaba en tono de aviso. —La asociación es más bien un proyecto como antes te había dicho, y su nombre es "666". Mari aún no creía lo que estaba escuchando de boca de su hijo. Estaba totalmente confundida, o más bien, entre la espada y la pared. Sabía que aquel nombre "666", era más bien un símbolo satánico o algo por el estilo. Pero era su familia y sus amigos quienes estaban allí con ella. ¿Qué más podía hacer que seguir adelante con ellos y ver que pasa luego en la apuesta.

El juguete de Mari

Todos se veían diferentes, y actuaban diferentes. Es verdad que estuvo prácticamente inconsciente por muchos años, pero no ha de olvidar sus amigos y sus vivencias con ellos que paulatinamente ha ido recordando. Mari sabía que no debía estar allí y que su hijo Steven tampoco. ¡Él había muerto! –Aún le llegan esos pensamientos repentinos –¿Cómo puede ser posible? ¡Tal vez no sea él! –le llega esa razonable conclusión a la cabeza.

Steven ya le había dicho gran parte de lo que ella quería saber; pero aún tenía muchas incógnitas en su búsqueda de la verdad; y una de ellas era saber cómo regresó de la muerte aquel muchacho. Pero esperó, sí, esperó el momento adecuado; estaba bastante confundida; la cabeza le daba vueltas. Años, escondida en un cuerpo prácticamente sin vida, y ahora que regresa de tan largo sueño, no puede intentar vivir aquellos años perdidos y los que le quedan, al mismo tiempo que trata de escapar de la innegable y melancólica compañera "la soledad".

El tiempo pasó volando. El proyecto 666 creció en todo el planeta. Millones de seguidores en cada rincón de la tierra, se sumaron a la supuesta "noble causa" de erradicar los problemas que afectan el mundo en que vivimos. El señor Michel Smiely, ganó la presidencia de la Unión Europea, después de postularse como candidato para tan distinguido puesto, con su propuesta y su organización "666" como base de apoyo en su candidatura.

Tan pronto tomó puesto, puso en ejecución uno de los objetivos del proyecto. Un microchip, del tamaño de un grano de arroz, fue fabricado en masa, para ser colocado en la mano de cada persona del planeta. Con esto, logra realizar con éxito lo que había propuesto; acabar con el uso del dinero común, las fichas de identificación… entre otras cosas; después de que millones de personas en toda Europa y América del Norte, se unieron a la iniciativa que dentro de poco tiempo será obligatoria para todo ser humano que habite el planeta. Este chip, servirá también para reducir los crímenes a nivel mundial. Ya que contará con un micro transmisor satelital con la tecnología GPS (Sistema de Posicionamiento Global) por sus siglas en inglés, que dará la ubicación de cada persona en cualquier parte del mundo.

El proyecto 666, pasó de ser una idea contemporánea, a ser una realidad. Pero también millones de cristianos y los llamados "híbridos", por caminar en dos aguas diferentes; que se sumaron a la lucha en contra de este proyecto desde años atrás, cuando este salió públicamente, forman parte de una intensa lucha para evitar que los habitantes de la tierra se sumen a esa iniciativa.

– ¡El proyecto 666, es una basura! –Dicen los que están en contra – ¡no sean víctimas de tan mentes incrédulas y oscuras! Dicen, predican, murmuran, enseñan… en todas partes del mundo, atraves de la radio, la televisión y cualquier medio de comunicación que este a su alcance.

La lucha se mantuvo por varios años, pero más eran los que se sumaban al proyecto 666, que los que en contra de este estaban.

Cada vez, la lucha de represión de los gobiernos fue más fuerte a favor del proyecto y en contra de los llamados “rebeldes anti-progresistas”. Estos, cada vez eran menos. Las distintas iglesias que servían como base y como apoyo, poco a poco fueron retomadas por los gobiernos. Estas personas llamadas anti-progresistas, fueron buscadas en cada rincón del planeta y obligados a colocarse el microchip. Muchos se rindieron y aceptaron ponérselo, cansados de correr y esconderse; Pero otros seguían la lucha en contra de esto. Por eso, el gobierno mundialista, reforzó sus tropas, aquellos que eran capturados, eran obligados a ponerse el microchip, y aquellos que a pesar de las dolorosas torturas, no aceptaban ponérselo, eran condenados a una dolorosa y cruel muerte.

Pero en medio de los “anti-progresistas” y los “mundialistas”, estaba Mari. Aquella hermosa mujer que el tiempo no ha sabido marchitar; a pesar de todas las complicaciones que la vida le ha dado, sigue en pie. Como una roca que nunca muere, es arrastrada por las inundaciones de los ríos, terremotos, ciclones. Pero siempre está allí ¡firme! como siempre.

Han pasado tantos años y tenía tanto deseo de vivir, que oyó a su hijo Steven una sola vez, y se mostró convencida, aunque por dentro no lo estaba. Solo estaba tratando de ser feliz. No quería interponerse en la vida como una persona fuerte y sobresaliente como antes fue, no, todo lo contrario; quería ser guiada por otra persona, y quien mejor que su hijo.

Steven había logrado ser una persona muy importante a nivel mundial. Esto hacía de Mari, en parte, una mujer feliz. Además de ser la esposa de Jack.

Mari, con su muy sexi caminar que no ha perdido el balance; se pasea entre las calles de la ciudad, que a pesar de las revueltas de los anti-progresistas, se veían más tranquilas y limpias que nunca. Por lo menos todo estaba bien y el temor de Mari a equivocarse había desaparecido, pues este mundo había cambiado tan parecido al mundo que le ofreció su hijo.

Entra a una tienda de ropa para mujer, esto le trae buenos recuerdos. Recuerda cuando tenía su tienda; como extraña aquellos días de ser una persona exitosa, y no es que no lo sea; pero extraña esa rara sensación de no ser humilde y en cambio ser sobresaliente ante los demás.

Pasillo por pasillo se pasea por toda la tienda; parada en uno de esos pasillos solitarios, puede notar que detrás de uno de los mostradores, hay un hombre que la mira fijamente; ella se hace la que no sabe nada intentando descubrir hasta donde llegaría en esa situación. Se preguntará si es uno de los empleados de la tienda, o si acaso es un ladrón escondido en aquel lugar. Pensar que sería un ladrón, la hace soltar una carcajada recordando un cuento que le hizo Williams, el mismo día que llegó a su casa con el Celular de Jenny.

Entran unos oficiales a la tienda y dan la referencia de un hombre blanco, cabello oscuro, de estatura promedio… Dicen: este hombre fue visto por personas, entrar a este establecimiento, es un posible anti-progresista. Mari, le llega a la mente aquel hombre escondido detrás del mostrador, y disimuladamente le dice: – Sé que estás aquí. Mari lo nota asustarse un poco, pero rápidamente lo tranquiliza: – No te voy a entregar, tranquilo, ¿cómo te llamas? – Samuel – le responde este susurrando un poco. – ¿Quieres salir de aquí? – le pregunta ella, y él, moviendo la cabeza detrás de aquel mostrador, le deja dicho que sí.

Mari lo llevó a su casa, escondiéndolo de Jack. Allí permaneció varios días; escondido en el sótano de la casa, donde Jack, por el intenso trabajo que tiene como asesor del gobierno, no tiene tiempo de entrar.

Mari quería saber por qué aquellos llamados rebeldes, estaban en contra de que la gente se colocase el microchip, por eso lo llevó a su casa. Él desde el primer día, le contó toda la razón por la cual estaba en contra, y logró dejarla convencida. Se unió a la rebelión y desde entonces esconde aquel vigoroso jovencito en el sótano, cuando su marido está en la casa; y cuando no está, baja al sótano a hablar con Samuel, a saber más sobre el plan de contingencia y a saber más de él.

A Mari le encantaba estar en esa situación inocente. No se sabe por cuál de las dos razones Samuel aún permanecía en los brazos de la hospitalidad de ella; si porque en realidad estaba en contra del gobierno, o porque le gustaba aquel muchacho.

Él era muy respetuoso y reservado; le agradecía a Mari todos los días el haberlo salvado de los brazos del gobierno; le decía cosas bonitas a Mari sin sobrepasarse.

Una noche, cuando su marido Jack aún dormía, se levantó sigilosamente de la cama, y bajó al sótano, llevando en su mano una linterna para no prender la luz. Bajó despacito las escaleras y despertó levemente a Samuel, quien dormía acurrucado con una gruesa almohada.

– Perdona que te despierte – le dice ella – estaba aburrida y quería hablar

con alguien. En realidad lo que Mari quería, era que Samuel la agarrase por su cintura fuertemente, con aquellos brazos fibrosos que tenía y que le quitara las ganas, que no disimulaba, de hacer el amor con él desde que lo conoció. Pero Samuel era muy reservado, trataba respetuosamente a Mari.

Hablaron de muchas cosas, él le contó unos cuentos chistosos que la hicieron reír bastante, mientras se aferraba a él; queriendo que este la tome en sus manos y le haga el amor en aquel oscuro sótano, alumbrado por la escasa luz de una linterna; pero él la abrazaba cariñosamente. Lo más lejos que tenía por pensar era eso, hacerle el amor a Mari. Pero esta insistía, manoseándolo disimuladamente mientras se reía. Al ver que el muchacho necesitaba que ella fuese más clara en lo que quería, le dio un beso profundo en la boca. Este la tomó en sus brazos como quería y la recostó en aquel colchón donde dormía, pero unos pasos se oyeron arriba, era Jack, estaba despierto y este buscaba a Mari. Mari se zafó de los brazos de Samuel dándole un beso apasionado, y subió a encontrarse con Jack.

– ¿Qué hacías en el sótano? – Me levanté para ir al baño, y creí haber escuchado algo abajo, pero al parecer ha sido solo una rata. – ¿Revisaste bien? – Le pregunta Jack – ¡puede ser un ladrón! – Insiste éste, mientras toma un cuchillo bastante largo y baja las escaleras del sótano.

Mari intenta detenerlo insistiendo en que ya revisó bien; pero este en cambio, quiere estar seguro, o no podrá dormir tranquilo toda la noche. Enciende la bombilla, baja despacio los escalones. Mari le sigue los pasos temiendo que se dé cuenta de lo que le estaba escondiendo. Llegan abajo, él revisa los rincones, alrededor de una mesa de escritorio, pero no ve nada. Suben los dos tranquilamente, al ver un escenario despejado, y se van a la cama.

Es tarde, casi esta amaneciendo. Jack se duerme rápidamente, pero Mari solo simula estar durmiendo. Tal vez está preocupada por Samuel, o quizás está decepcionada de no haber podido terminar lo que empezó.

Se tira suavemente de la cama y camina de puntas, como una bailarina, hasta el sótano. Baja las escaleras suavemente, no prende la bombilla; y la linterna, no se acuerda donde la puso. Llama susurrando desairadamente a Samuel. Todo está oscuro, no logra ver nada. Luego, siente unos brazos que cubren totalmente su cadera, los siente subir suavemente hasta sus senos. Luego siente unos labios jugosos en su boca. Las manos que acarician sus pechos, vuelven a bajar, esta vez hasta sus nalgas. Las siente agarrarlas firmemente mientras la levanta, asiendo que sus piernas rodeen la cintura del muchacho. La pega de la pared, y luego la penetra una y otra vez hasta quitarle las ganas.

Después del coito, “la cópula sexual”, se despide de Samuel y sube de nuevo a su habitación, sintiéndose joven y totalmente satisfecha.

Es todo una acosadora sexual. Todavía sabe cómo mover aquella delicada cintura a pesar de todo. Y más aún, guardando un juguetito sexual en el sótano de su casa, el cual visita cada vez que puede para repetir una y otra vez, lo que un día empezó.

La misteriosa y cruel verdad

El sexo había sido impresionante, tanto así, que se habían olvidado de los problemas en los que el mundo estaba varado. Pero en medio del placer, encontraban un pequeño espacio para hablar de ello. El plan era resistir lo más que se pudiera, pero sabían que necesitarían más que eso. Samuel había caído en el punto clave para su resistencia. Tenía acceso, a través de Mari, a los jefes más importantes del proyecto “666”. Con la ayuda de Mari, Samuel logró obtener información clave que usaría luego en contra de sus enemigos. Mientras Samuel y Mari hablaban sobre eso en el sótano, sorpresiva y rápidamente bajó Steven sin darle tiempo a Samuel de esconderse. Inmediatamente Steven lo vio, lo mató estrangulándolo. Luego se dirigió a Mari; que permanecía tiesa, no podía respirar al presenciar aquel acto de frialdad, tiesa como una de las columnas que sostenían el estrecho sótano. –¿Quién te crees para conspirar en contra mía? Mari, atónita aún, le respondió mirándolo con desprecio: –¡Soy tu madre! –No eres mi madre –reniega éste –no soy quien crees que soy, no soy tu hijo. –Sabía que no lo eras. –Entonces ¿por qué me tratas como tal? –respondió Steven calmadamente, con el perfil de un acechino. –No sé si me temía más, si a perderte de nuevo, o a aceptar que no eres Steven. –Pues ya lo sabes, acéptalo –contesta este. –¿Quién eres entonces? Preguntaba Mari a gritos descontrolados y lágrimas que brotaban de sus ojos. –Me llamo igual que tu hijo, me llamo Steven, siéntate para que escuches todo. –¿Qué pasará después que sepa toda la verdad? –le preguntó Mari sin fuerzas, más que para expulsar de su ser desconsolado, aquellas gotas de tristeza. Steven respondiéndole le dijo: –Creo que ya no eres necesaria para nosotros, te mataré. El dolor que Mari sentía en esos momentos era más grande que la suma de todos lo que han pasado por su corazón. No tenía miedo a morir, lo que sentía era una tristeza inmensa, incapaz de ser expresada por ningún gesto humano posible, de ser su hijo quien haría semejante cosa. Pero se fortaleció, se sentó como le dijo y escuchó. Hace mucho tiempo, cuando eras una niña, quizás ni te acuerdes, te enamoraste de un niño llamado Steven. Estudiabas con él. –Sí lo recuerdo –le dice ella mientras una avalancha de emociones arropa su corazón una vez más. Se hicieron novios, se querían mucho. Duraron siendo novios hasta la adolescencia y luego, para tristeza tuya, tu primera desilusión. Steven se enamoró de otra muchacha del colegio y, sin decirte nada, había terminado contigo. El corazón tuyo se enlutó por un buen tiempo, tenías varios sentimientos totalmente diferentes alrededor de tu ser: resentimiento, celos, odio… todos “malos”. No sabías que hacer, te

sentías triste, sentías que tu vida ya no valía nada, no comías, no salías de tu casa y los muchos amigos que tenías fueron desapareciendo. Una noche, tuviste un sueño terrible: soñabas que corrías desesperada en un bosque, era de noche, los árboles gigantescos tapaban gran parte de la luz de la luna. Una voz espantosa gritaba entre los árboles lejanos tu nombre, una y otra vez. Corrías y corrías, hasta que lograste por fin salir de los árboles y al salir de ellos, se reflejó la luna en tus ojos, pero estaba roja como bañada en sangre. Y después, aquella cosa que te llamaba entre los árboles, se apareció ante ti. Te caíste al piso del miedo que sentías; pero luego, él, te ofreció una vida mejor; te ofreció éxito, dinero, placer, amor… y de todas las cosas que te ofreció, la única que pudiste oír, tal vez porque te hizo reaccionar fue "amor". Tal vez te acordaste de Steven y la desilusión que te causó, que sin pensarlo, te ofreciste a recibir todo lo que te ofreció sin escuchar que tendrías que dar a cambio.

Despertaste de aquel sueño, y al darte cuenta que solo fue un simple sueño y que no había sido real, te desilusionaste mucho. Quería que hubiese sido real, querías todas aquellas cosas que aquel hombre te ofreció en el sueño, pero tu vida seguía igual. Eso pensaste, pero en realidad no fue así. Aquel hombre cumplió todo lo que te prometió a través de los años en que has vivido, y no te has dado cuenta: tuviste éxito, dinero, conociste varias veces el amor, placer… Todo lo has tenido. Ahora viene la parte en que debes saber a cambio de qué la obtuviste: vendiste tu alma a aquel hombre, pero antes, tenías que ser la madre de un ser que revolucionaría el mundo en el que viviste y le pondrías por nombre "Steven". Le pondrías ese nombre porque así te acordarías de la razón por la cual hiciste aquel trato. Pero al parecer no te sirvió de nada. Cuando tuviste aquel niño, quedaste inconsciente por muchos años. Así no evitarías que Steven cometiera los mismos errores tuyos, los cuales cometió perfectamente. Déjame decirte Mari; que el amor es débil al ser humano, es una insignificante creencia que no se puede saber a qué se cierta, ¡es bruto! ¡Todos han caído por culpa del amor! Steven se enamoró de una joven, y esta, manipulada por aquel hombre que viste en el sueño, así como también manipuló a tu novio Steven para arrastrarte hasta él y tenerte a su disposición, desilusionó a tu hijo Steven, y el dolor para él fue tan grande que se suicidó tal y como así estaba planeado. Quedaste consciente otra vez más y Corriste hacia él, pero ya se había muerto. Luego sin explicación ninguna, este, despertó. Pero no era ya tu hijo el que caminaba, sino yo.

Había llegado tu hora de cumplir con tu parte del trato, pero aquel "hombre del sueño", te mantuvo viva por un tiempo más. Él quería seguir sin-

tiendo contigo, los placeres de la carne cuando tenía relaciones sexuales contigo. Sí, te sorprendes y te preguntas ¿cómo y cuándo? Este hombre que viste en el sueño, así como me ves a mí en el cuerpo de tu hijo, era Steven, tu novio de la infancia, y muchos más que conociste después, incluyendo a Jack. Ese hombre que viste en el sueño y que se acostó contigo cuantas veces quería, era a quien ustedes llaman "el rey de las tinieblas", y yo soy nada más que su hijo heredero del reino que acaba de empezar.

Acabando de decir estas palabras, puso su mano encima de la cabeza de Mari, y ésta, cayendo al piso, se durmió en un sueño profundo y oscuro, parecido a la muerte. Mari había muerto. Su historia acababa de terminar en una muerte triste y cruel. Su alma fue a parar en un universo infinito lleno de oscuridad y maldad, en donde pagaría una condena eterna de sufrimientos y dolor. Pero justo antes de caer en el abismo, despertó. Se encontraba en un cuarto oscuro, no podía diferenciar la vida de la muerte, le parecía un sueño. Caminó hasta la puerta, y al salir se encontró con Bartolo, su padre. Tal vez estoy soñando –pensaba Mari –Lo abrazó fuertemente. Luego se acercó su madre Susana, su hijo Steven estaba allí también y se unió al abrazo; sus amigos Williams, Jenny, Daniel, Johnny también, sus tíos, primos y demás familiares. No quería preguntar lo que estaba pasando, ya había preguntado bastante toda su vida. –Bienvenida a casa hija –le daba Bartolo –¿Estoy en el paraíso, verdad? –le preguntó Mari a su padre, y este le contestó con carisma –seguro que sí.

Lo cierto es que todo pasó. La tierra fue tomada por “el rey de las tinieblas”, sus ángeles y su hijo Steven. Quien, años más tarde, armó una rebelión en contra de su padre y luego lo eliminó de su existencia. Steven gobernó la tierra por siglos antes del “Armagedón”, en el que fueron eliminados todos sus secuaces y seguidores. Pero la muerte, para él, era la libertad, dijo justo antes de que un ángel divino lo eliminara con su espada. Esas palabras fueron suficientes para que se decidiera darle un castigo peor que dejar de existir. Se le impuso permanecer en la tierra para siempre, nunca moriría. Estaría acompañado de la soledad para el resto de la eternidad. Contemplaría a lo lejos, aquel planeta donde fueron llevados los buenos, que no aceptaron el mensaje de la maldad.

Así lo veo yo, desde Greco, la capital de Vangueda en el planeta Marte, paseándose entre las calles vacías, los desiertos… condenado a la soledad, sin poder dejar de existir. Aquel quien una vez se llamó Steven “El último hombre” sobre la faz de la tierra. Sus cuentos permanecen en la memoria de cada ser humano en este planeta. Pero tantas incoherencias en esa historia, casi una leyenda por su tan inadaptable realidad, a veces me hacen pensar que nada de esto ocurrió. Tal vez no soy quien creo ser, quizás las personas que conozco nunca han existido. Me llega a la cabeza la idea de que nada de lo que he vivido ha sido real, y que solo ha sido parte de mi tan creativa imaginación.

FIN